



HAL
open science

LIMBO, PURGATORIO, INFIERNO: Un trayecto de La Vorágine al olvido

Ernesto Mächler Tobar

► **To cite this version:**

Ernesto Mächler Tobar. LIMBO, PURGATORIO, INFIERNO: Un trayecto de La Vorágine al olvido. Olga Vallejo Murcia. Cultura y memoria. Lecciones de Literatura, Universidad de Antioquia / Ediciones Sílabas, 2017. hal-03504613

HAL Id: hal-03504613

<https://u-picardie.hal.science/hal-03504613>

Submitted on 29 Dec 2021

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

LIMBO, PURGATORIO, INFIERNO: Un trayecto de *La Vorágine* al olvido

Para Doris Weiler

Por la ventana oí las campanas de la madrugada y como recordara que habrían de doblar por mí, me eché de nuevo entre sus brazos.

José Eustasio Rivera¹

Conviene abandonar aquí todo temor, conviene que aquí termine toda cobardía. Hemos llegado al lugar donde te he dicho que verías a la dolorida gente que ha perdido el bien de la inteligencia.

Dante Alighieri²

Primero lo fue América entera. Luego el interior de cada uno de sus fragmentos, como un eco que rebota en lontananza. En una época lejana, el continente en su integridad fue considerado una justificación exótica para el escape del viajero, un nómada cansado de la realidad europea e interesado en descubrir exclusivamente lejos del lar, en la denominada ‘barbarie’, un reflejo de la bondad natural del hombre³. Sin embargo, no hay que olvidar al sabio Michel de Montaigne, quien acotaba en sus *Ensayos* con lucidez: “*Chacun appelle barbarie ce qui n’est pas de son usage*”⁴. ¿Es bárbara entonces la pureza original? El esquema se repite ahora, dentro de cada una de las naciones en que se fragmentó políticamente el continente americano.

En las circunstancias que nos ocupan y en el contexto colombiano, el pretexto puede ser el viaje a alguna región apartada del centro capitalino, la selva, el desierto o los Llanos, por ejemplo, un periplo a lo no ‘domesticado’ de nuestra naturaleza, a lo que conserva íntegra la marca de su carácter indómito. Lejos, alejado de lo ‘civilizado’, se debe buscar un espacio donde sea posible la evasión y el medirse

virilmente, indagar las fronteras y llegar hasta el límite, vivir en el filo oscilante de la navaja. Pero, “a tan apartadas regiones sólo llegaba la fuerza del Estado en forma de atropello, robo, conscripción”, recuerda Mariano Picón Salas, meditando sobre el Orinoco⁵. No debemos por ello sorprendernos en demasía ante lo inhumano, aunque paradójicamente sea muy humano, ni ante el quiebre de todo código conocido o la pérdida de referentes.

Allí, la naturaleza es violenta y aplasta al hombre como si no pudiésemos escapar al cúmulo de todas las colonialistas teorías del determinismo geográfico, como si la condena de Friedrich Hegel al relegarnos a lo *a-Histórico* por carecer de escritura fuese todavía de actualidad. Este carácter anárquico de la violencia de nuestras regiones lo expresa de manera sintética Manuel Mejía Vallejo (1923-1988) cuando escribe: “Es brutal la lucha en la selva y en los llanos [...]. No es muerte domesticada al estilo de países civilizados, sino arisca y primitiva, que aúlla en las fauces del tigre y del caimán, en los volcanes y en las torrenteras”⁶. En Europa el cese de la vida es algo que se puede prever, un acto civilizado, mientras que entre nosotros parece brotar tan naturalmente como el amanecer, pero revistiendo un carácter salvaje y por ello tan inesperado como incontrolado.

El imperativo realista de la novela *La Vorágine* (1924) del escritor opita José Eustasio Rivera Salas (1888-1928) corresponde a un momento particular de la realidad colombiana, en el cual los acontecimientos históricos no nos ofrecen esperanza alguna: las brasas humeantes de la Guerra de los Mil Días iluminan de noche las montañas; la pérdida de Panamá se consume en medio de los perfectos versos poéticos de sus gobernantes; las tentativas del capital estadounidense por tomar el lugar de los inversores europeos progresan abriéndose paso a machete, tecnología y soborno cómplice. Somos pues un país que no acababa de encontrar sus límites y que está lejos de alcanzar una sólida conformación como nación; la mayor parte de su superficie permanece bastante ignorada por sus ciudadanos. Sin embargo, en los salones capitalinos seguimos cuestionándonos ¿qué es ser colombiano? o, mejor aún, ¿a quiénes podemos excluir de la nación?

En esta circunstancia, el aliento novelístico de Rivera “responde fundamentalmente al hecho histórico de la incorporación a la actividad productiva del país, por intermediación del capital comercial y financiero transnacional, de una amplia zona geográfica y social más o menos desconocida”, cual lo destaca Françoise Perus⁷. Desde este mismo punto de vista debemos recordar la novela con la

cual soñaba José Eustasio, *La mancha negra*, y de la cual desafortunadamente no queda ninguna huella; seguramente se insertaba en el mismo esquema. En ella trataría de la explotación del petróleo por la Andian National Corporation en tierras colombianas, y de la construcción del oleoducto Cartagena-Barrancabermeja. Se basaba en un informe suyo publicado por la Cámara de Representantes, que solamente conoció el silencio y las polillas como respuesta; es decir se inserta en el mismo interés permanente del novelista por defender la soberanía nacional. Pocos años después de publicada su obra cumbre, Rivera morirá intespestivamente en Nueva York, y volverá a Colombia embalsamado y transportado en un barco de la compañía norteamericana United Fruit and Company. Más abandono y más ironía juntas es solicitarle demasiado a los fastos.

¡Pero yo era la muerte y estaba en marcha!

Mucho se ha escrito y discutido sobre la importancia del carácter de denuncia de esta novela, y por ello se la ha catalogado como una obra comprometida. Propongo que contemplemos de nuevo esta aseveración. No entraremos ahora a rehacer la historia completa de la explotación cauchera⁸, ni a recordar el extenso catálogo de horrores cometidos por sus empleados y capataces, ya ampliamente documentados⁹. Sin embargo, vale la pena recordar que el presidente Rafael Reyes (1849-1921), con su compañía Elías Reyes & Hermanos, se había dedicado tempranamente a la extracción de la quina y del caucho en la zona amazónica, entre 1875 y 1884¹⁰. Las primeras extracciones de caucho colombiano, terminada la bonanza de la quina, saldrán transportadas a espaldas de indios hasta Neiva, ciudad donde nació Rivera, lo cual tendrá una cierta importancia, como veremos.

Poco después, el general Rafael Uribe Uribe (1859-1914), en recorrido por la misma zona, precisa en sus artículos cómo decenas de colombianos blancos han sido asesinados o forzados a abandonar la zona en beneficio de la Casa Arana, y estima que ésta ha arrebatado, entre 1902 y 1907, a unos 20000 indígenas del Caquetá¹¹. Observando el estado de los “desventurados” indios colombianos, afirma condolido: “Los peruanos han tratado siempre con salvajez a los indígenas, pero hoy hacen alarde en el Putumayo de ser más bárbaros con ellos que en los años anteriores. La abolición de la esclavitud la consideran como ruinoso para sus empresas”¹². Una recopilación de sus notas, algunas de las cuales aparecen firmadas por “unos colombianos”, será editada bajo el título *Por la América del Sur* (1908).

Desde 1903, los periódicos han publicado ya denuncias de los atropellos que sufren los caucheros colombianos por parte de la Casa Arana, en algunas de los cuales se acusa de complicidad a Rafael Reyes. Eco de estas tropelías presentará la revista inglesa *Truth*, en especial con el artículo “El paraíso del Diablo: un Congo con dueños británicos”. Debido a la venta por parte de Julio Arana de acciones a ciudadanos de su majestad, y a la conformación de la Peruvian Amazon Rubber Company, Ltd., en 1907, se incrementan las presiones al interior de la Gran Bretaña para que se investigue al respecto.

Pero el enorme escándalo internacional lo hará un extranjero, cuya vida es también una novela¹³. En Comisión del Foreign Office británico, el irlandés Sir Roger Casement (1864-1916) recorrió en 1912 la región en la cual la Casa Arana ejercía su desolador imperio, y en su informe, conocido como *The Blue Book of Putumayo*, denunció al mundo la expoliación y etnocidio que sufrían los diversos grupos étnicos que habitaban en la zona, así como el total abandono de éstos por parte de las autoridades de Colombia¹⁴. El mismo año, el Congreso de los Estados Unidos publica el documento *Slavery in the Putumayo*, que algunos denominan *Libro Blanco*. Similarmente, varios colombianos, como Vicente Olarte Camacho, quien publica *Las crueldades en el Putumayo y en el Caquetá* (1910), Carlos A. Valcárcel y Francisco José Urrutia, así como el anónimo autor del conocido *Libro rojo del Putumayo* (1913), especie de resumen de lo que se conocía hasta el momento y publicado bajo la dirección de Norman Thomson¹⁵, confirmaron los informes de Casement. El juez peruano Rómulo Paredes, a sueldo de los Arana, trató de mitigar los hechos con su investigación; otros autores, evidentemente sobornados como Pablo Zumaeta y Carlos Rey de Castro, publicaron también amplias defensas de la compañía y de sus propietarios¹⁶. Es seguro que Rivera tuvo temprano conocimiento de las acciones de la Casa Arana gracias a las narraciones de su amigo Luis Franco Zapata y del coronel Custodio Morales¹⁷; estamos en el año 1909.

Es pues claro que el problema central no era una acusación de eventos desconocidos, sino una novedosa manera de despertar el interés de un grupo más vasto de interlocutores: los artículos periodísticos del mismo Rivera y las sesiones ante el Senado no habían generado las respuestas esperadas. El artículo “José Eustasio Rivera acusa al Ministro de Relaciones Exteriores” es de 1923; “Las penetraciones peruanas en el Caquetá” y “La concesión Arana y los asuntos con Venezuela” del año siguiente¹⁸, ambos sobre la extensión galopante de la Casa

Arana. No fueron los únicos, amén de estar publicados por periódicos tan leídos como *El Tiempo* y *El Espectador*, pero poco o nada cambiaron¹⁹. Podemos pensar que parte del inmediato éxito de la novela puede deberse a que es una obra que ‘convenía’ a todo el mundo, una especie de lavada de manos colectiva; a pesar de la realidad nadie intervino, no hubo respuesta. Ensalsar la novela, congraciarse con ella podría hoy considerarse como una suerte de confesión, gracias a la cual cada lector aseguraba no ser cómplice del complot. ¿El histrionismo de la sociedad colombiana se sentía encarnado en el súbito despertar reivindicatorio de Cova? ¿Era la obra una especie de vendaje reparador, de bálsamo que aligeraba una culpa no reconocida? La ficción es así resentida por la hipócrita sociedad como una realidad más aceptable²⁰.

Notoria es la reiterativa tendencia a culpabilizar exclusivamente a los peruanos o a la Casa Arana, parte visible del iceberg, no solamente de la esclavitud, el robo, la tortura, las mutilaciones y los asesinatos, sino de las atroces condiciones sociales y laborales en que se encontraban los indígenas colombianos que extraían el caucho, doblados bajo el control de un capataz que marca las horas y los litros de savia con la regularidad de un metrónomo y el silbido del látigo... Quizá sea otra manera de lavarse las manos y de olvidar que Colombia no hizo nada para impedirlo, a pesar de estar informada desde los albores de la primera década del siglo XX. Poco después, cuando el escándalo internacional se ha consolidado, lo que realmente consideraron en juego los dos países limítrofes no fue el etnocidio de las etnias deshumanizadas por la savia del Hevea, sino la significativa cantidad de kilómetros cuadrados en los cuales éstas habitaban. Esas superficies sí hacían parte vital de la soberanía nacional; los indígenas sólo merecían informes etiquetados con diferentes colores y a los cuales se les prestó escasa atención. Se elucubra entonces sobre una colonización de los confines del territorio nacional con ciudadanos provenientes de otras regiones, como medida que coadyuve a mantener intacta la soberanía.

Rivera escritor parte, de manera comprobada, de una serie de hechos reales así como de algunos de su propia vida, y tomando impulso libera su alma de poeta y ficcionaliza la realidad a su guisa. En 1916 y 1918 ya había viajado por los Llanos en expediciones de caza; su afición desmesurada lo llevaba incluso a cometer masacres de animales que después se hacinaban en los patios de las haciendas, para ser luego devorados por los lebreles. Posteriormente viaja, escapando de la capital en 1922, como secretario jurídico de la Comisión encargada de definir los límites fronterizos entre Colombia y Venezuela; esta será dejada al abandono de su suerte por el mismo

gobierno que la comisionó. Para completar sus impresiones de viaje y sus diversas lecturas, en el Brasil se mostró muy interesado por los estudios sobre la industria del caucho y la situación de los trabajadores caucheros²¹.

No obstante, la realidad histórica nos ha mostrado que éstos, desde la pérdida del interés comercial del caucho natural como consecuencia de la llegada de la goma sintética, han pasado de ese infierno, al purgatorio de un gobierno que se sentía vaga y lejanamente culpable, al limbo del olvido total por parte de la sociedad colombiana actual. Se calcula que 50.000 indígenas fueron asesinados entre 1900 y 1910: un horroroso etnocidio que representa 13 asesinatos por día. Peor aún, a pesar de la guerra colombo-peruana y de la condena internacional de la Casa Arana, las tierras en las cuales ésta se asentaba para realizar su explotación y su terror le fueron escrituradas por el gobierno peruano; el gobierno de Colombia aceptó incluso pagar una indemnización de 200.000 dólares para recuperar los terrenos en el Putumayo. Apenas en 1964 la Caja Agraria terminó de pagar esta vergonzosa expoliación al cancelar los 20.000 dólares restantes²². Han pasado los años, y si en los pobres indios quedan las huellas de las mutilaciones, quemaduras y latigazos, de la errancia de Cova no restan huellas concretas, pues incluso su camino final es incierto. Permanecen sólo los manuscritos con la ‘denuncia’, la novela, y con ella la eternidad de Rivera, mientras su barca de Caronte se interna en lo desconocido para que la juzguen los hombres.

Son la historia nuestra

Hace siglos, el genial Virgilio, y quizá por ello será el guía de Dante, concibió un descenso a los infiernos en su *Eneida*, y Homero circunscribió a Ulises, en medio de la impotencia a controlar su destino, a tornar y navegar en círculos alrededor de Itaca, fortaleza de una tejedora paciente y sagaz, lecho donde se encerraba una Penélope a la espera. El poeta Dante Alighieri (1265-1321), en su *Divina Comedia*, proponía un recorrido en tres etapas que lo llevaba del Infierno al Purgatorio y posteriormente al Paraíso: una profunda reflexión cuyo objetivo era descubrir las últimas consecuencias de la realidad, o al menos buscar una explicación y una razón de la existencia del hombre. Sin embargo, la *Divina Comedia* no es simplemente una lúcida meditación sobre algunos elementos de la tradición judeo-cristiana que tanto ha marcado nuestro devenir, sino un análisis metafórico y a la vez una mordiente

crítica social de la Florencia del siglo XIV; hallaremos en el Infierno a sus enemigos personales.

Rivera pretendió hacer lo mismo con esa parte de la Colombia de las primeras décadas del XX en que le tocó vivir. Arturo Cova, protagonista de *La Vorágine*, hace por su cuenta un periplo que, buscando la ilusión del escape, lo conduce de un Limbo a una etapa intermedia de fatalismo contemplativo, que podríamos equiparar al Purgatorio, para concluir finalmente en un Infierno, lugar donde un creciente fragor destructor que no puede conocer lógica alguna lo lleva al olvido. El limbo corresponde pues a su vida en la ciudad, que será presentada como clara y límpida; el purgatorio a su estadía en los Llanos, concebidos como abiertos y henchidos de porvenir; y finalmente, el infierno concuerda con la visión apocalíptica de la selva amazónica, cerrada y oscura. En este recorrido, el protagonista tendrá cada vez menos control sobre sus acciones: al principio nos deja saber que posee el dominio total de la situación (decide cómo y con quién escapar, así como la ruta a seguir), y termina siendo una suerte de títere incapaz de comandar sus actos ni la errancia fútil del viaje. Más siente que pierde pie y control, más impulsivo se torna, y al final el instinto se convierte en brújula y mapa.

Entre otros analistas, Luis Carlos Herrera, en su ensayo sobre Rivera, evoca las similitudes entre los dos textos, destacando algunos episodios equiparables; sin embargo, insiste especialmente en la presencia de ciertos eventos en *La Vorágine*, para los cuales utiliza el adjetivo “dantesco”²³. Pero más allá de la simple calificación de “dantesco” para algunos de los episodios, e incluso del reconocimiento de un sustrato de “filiación”²⁴, consideramos que hay varias posibilidades intertextuales sobre las cuales vale la pena detenerse un momento. Es sabido que nuestro novelista conocía y había leído al florentino. Y si aquel había imaginado tres niveles, tres partes, con un prólogo y un epílogo, redacta Rivera. Curiosamente, un pequeño prólogo más tres apartados tenía igualmente su poemario *Tierra de Promisión* (1921), que corresponden justamente a la selva, a la montaña y a la llanura, en ese orden; y una tríada de actos posee también su único drama, *Juan Gil* (1912).

Yo dejo en mi cerebro detenido

La realidad puede descomponerse en tres facetas simultáneas, propone Jacques Lacan: una real o fáctica, es decir la que pertenece a los hechos circundantes; una imaginaria y por último la simbólica. Esas tres superpuestas nos ayudan a resolver el

problema de la construcción de la realidad, si se logra mantener un adecuado balance entre las tres. La falta de una articulación conveniente entre ellas genera un desequilibrio que no sólo dificulta la confrontación con el otro, sino que impide una permeable percepción de la realidad, es decir, genera una distorsión de la misma. La escuela anti-psiquiátrica, con David Cooper a la cabeza, plantea la visión opuesta, según la cual es la realidad exterior la que hace que la percepción que el ser tiene de ella cambie. Dicho de otra manera, si el problema de percepción es anterior, el personaje será incapaz de reaccionar adecuadamente en su entorno y en los ambientes sucesivos a los que tenga que enfrentarse.

Sostiene el psiquiatra Camilo Serrano que la realidad existe para contenernos y para unirnos, es decir no solamente para compartir un espacio, sino para establecer relaciones al interior mismo de ese espacio²⁵. Si bien no tenemos una formación competente para un análisis en detalle, consideramos que estos caminos arrojan luces enriquecedoras sobre los protagonistas de la novela. Recordemos que el mismo Rivera tenía un carácter inestable, soñador, fabulador, permanentemente insatisfecho y hasta pendenciero y violento; curiosamente y a pesar de su corpulencia, era de naturaleza enfermiza y tímida. Pero sin caer en la evidente tentación de considerar la obra una ficción autobiográfica o de suponer que hay una identidad unívoca entre autor y protagonista, consideremos la percepción de la realidad que manifiesta Arturo Cova.

Al inicio de la novela, el protagonista de Rivera parte de un autoengaño, de una ensoñación pretenciosa, de lo que la psiquiatría moderna denomina carencia de principio de realidad. Cual si se hubiera permitido una pausa en su razonar: “Yo dejo [...] mi cerebro detenido”, tal como escribía en uno de sus poemas el mismo José Eustasio²⁶. Arturo será incapaz a lo largo de su errancia de salirse de sí mismo, no abandonará jamás su posición de dominante y de conquistador, nunca intentará comprender o acercarse a la existencia del otro, en un permanecer dentro de sí, cual si no pudiera integrarse a su nueva realidad. Su identidad proteiforme, su incapacidad para transitar y explorar el mundo real, hace que “la inercia se transforme en fuerza vital”²⁷, y sea el motor de su errar y el generador de la duda:

Mi sensibilidad nerviosa ha pasado por grandes crisis, en que la razón trata de divorciarse del cerebro. A pesar de mi exhuberancia física, mi mal de pensar, que ha sido crónico, logra debilitarme de continuo, pues ni durante el sueño quedo libre de la visión imaginativa.²⁸

Es un ser manipulado por una pasión desenfrenada, con una confusa mezcla de intensos sentimientos, que narra una aglomeración de eventos, de personajes y de movimientos difíciles de destejer. Se acerca a lo evidentemente histriónico: “era yo un desequilibrado impulsivo y teatral”, confiesa él mismo, y el tema de la locura será reiterativo a lo largo de la obra. De ahí su percepción de la selva como una cárcel que posee el absurdo salvaje de un embrujo; toda la narración estará así marcada por el estado anímico del quejoso personaje. Por ello consideramos que el estadio en la capital se puede equiparar con un limbo, alejado de la realidad factual: al principio del texto es presentado como un lugar sin importancia, poco definido y con rápido placer dejado atrás, y al final se recordará como el lejano lugar donde radica el olvido, un centro que no actúa para cambiar la situación de los colombianos de la zona selvática, ni para rescatar de su deleznable curiara a los perdidos viajeros.

El escape escogido implica entonces un desacuerdo con la realidad que los rodea, de la cual se pretende huir, y ello le permite operar una ruptura de estructuras: abandonar Bogotá y sus referentes etnocéntricos de capital para buscar un caos primordial, casi intocado y en estado virginal. No obstante, el verdadero móvil de la salida de la ciudad es en realidad el hastío de Cova, una inagotable e insoportable sensación de vacío interior. Esta vacuidad es de por sí una especie de condena por adelantado que niega toda posibilidad de retorno; ello explica que Arturo afirme al inicio de la novela, en el pasaje asaz mencionado:

Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia. Nada supe de los deliquios embriagadores, ni de la confidencia sentimental, ni de la zozobra de las miradas cobardes. Más que el enamorado, fui siempre el dominador cuyos labios no conocieron la súplica [...]. Nadie adivinaba mi ensueño. Seguía el silencio en mi corazón.²⁹

La falsedad o el engaño de Cova desde el momento mismo del inicio de su aventura podría coadyuvar a explicar que no haya una ‘redención’, sino todo lo contrario, una condena que se impone y su consecuente caída al infierno. Si el poeta de Rivera carece entonces del conocimiento de la realidad circundante, el bardo Dante viaja justamente para lograr esa sabiduría. Y a pesar de que ambos son poetas, Arturo no medita, su visión es primaria, cercana y lírica, proviene ciertamente del corazón. Si en la *Divina Comedia* el encuentro con Beatriz implica alcanzar el máximo de conocimiento y el punto culminante del viaje, en *La Vorágine* la errancia comienza del brazo de Alicia, mujer real y carnal, y tal vez por ello la única alternativa es un descenso sin final en medio del remolino impetuoso, del torbellino

que los arrastrará a la desaparición. El conocimiento adquirido permanecerá exclusivamente en la carta que queda detrás de los viajeros y fuera de su alcance. De la Beatriz del amor espiritual mutamos a una Alicia de la pasión lujuriosa. No olvidemos, sin embargo, que el rapto con el que se inicia el viaje no es una cuestión de amor ni de honor; sólo el resultado de un interés mutuo, una muleta para cada uno, una cómoda simbiosis de necesidades.

A lo largo de la novela vemos que Arturo está perdiendo la histérica razón que lo habita, y que de transgresiones menores pasa a rupturas irreparables, como el asesinato de Narciso Barrera, que le van impidiendo cada vez más el retorno. Proceso que, como sostiene David Cooper, “es un duro aprendizaje, un duro ir y venir; el ir en cierta manera se hace más fácil a medida que el venir se vuelve más difícil”³⁰. Quemar las naves garantiza un retorno imposible; seguir avanzando es el único camino que resta en esta situación desesperada, excepto si se acepta con mansuetud la inanición de sentarse a esperar la muerte. Es exactamente esa imposibilidad la que afirma Cova en su carta de despedida cuando escribe: “En ella me despido de lo que fui, de lo que anhelé, de lo que en otro ambiente pude haber sido. ¡Tengo el presentimiento de que mi senda toca a su fin, y, cual sordo zumbido de ramajes en la tormenta, percibo la amenaza de la vorágine!”³¹ Las acciones límite que nos parecen representativas son el rapto de Alicia, que cierra la alternativa de una vuelta a la capital; el incendio de la Maporita, que clausura el retorno al Llano; y el asesinato de Barrera, que cierra finalmente cualquier intento de retorno. La bestialización o la animalización son por ello completas.

La pérdida de la razón, tan a menudo evocada, o la pérdida de principio de realidad, pueden igualmente verse reflejadas en los principales fallecimientos descritos en la novela, asociados al cerebro. En ellos la causa forense es en general la desaparición de la cabeza, asiento del raciocinio: piénsese en especial en la cabeza de Barrera mordida por las pirañas (al final del evento se ve el cuerpo, pero permanece sumergida la cabeza o el cráneo que queda), y en la descabezada del vaquero Millán por el toro despavorido que también muere por la testa:

Sorda la bestia a nuestro clamor, trotaba con el muerto de rastra, pero en horrible instante, pisándolo, le arrancó la cabeza de un golpe, y, aventándola lejos, empezó a defender el múmero tronco a pezuña y a cuerno, hasta que le wíchester de Fidel, con doble balazo, le perforó la homicida testa.³²

El fuego que destruye la Maporita termina por aniquilar la civilización y las reglas y abre de paso la puerta al desafuero, a una especie de satanización de la

cultura. Es un rito de purificación inverso: no eleva al neófito a un estadio superior, no lo purifica; al contrario, lo contamina, y degradándolo lo acerca de Lucifer. No aclara el raciocinio, lo oscurece:

El traquido de los arbustos, el ululante coro de las sierpes y de las fieras, el tropel de los ganados pavóricos, el amargo olor a carnes quemadas, agasajáronme la soberbia; ¡y sentí deleite por todo lo que moría a la zaga de mi ilusión, por ese océano purpúreo que me arrojaba contra la selva aislándome del mundo que conocí, por el incendio que extendía su ceniza sobre mis pasos!
[...] ¡En medio de las llamas empecé a reír como Satanás!³³

La diabolización de la caída y la aceptación creciente del mal se ven claramente en la repetición de expresiones como ésta, o en frases como: “¡Si Satán dirigiera esta rebelión!”, e incluso: “Mal te cuadra el penacho rojo de Lucifer”³⁴, que le espeta su amigo Ramiro Estévez, por ejemplo. Se ha afirmado que Arturo Cova carece de encanto como personaje, sea por su actitud demencial o por su postura de poeta romántico decadente; incluso ha sido calificado de “insoportable”³⁵. Nos parece cuestión intrascendente, puesto que lo que realmente es significativo es la presencia de verosimilitud en el personaje de ficción, su coherencia interna, y allí Rivera no dejó fisura ni fallo alguno.

¿Y quién cuando yo muera consolará el paisaje?

“¡Oh, vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza!”, leía el viajero Dante sobre el dintel de la puerta del Infierno, entrando a la ciudad del llanto. Allí las almas “están confundidas entre el perverso coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios, sino que sólo vivieron para sí”³⁶. Si el poeta de Florencia asciende a una liberación final, Cova desciende a una condena: el olvido. Cercas invisibles pero sólidas se van cerrando detrás como guillotinas frías que impiden el retorno. El infierno es un cono invertido: a medida que se interna uno en él se tiene menos campo de acción, al descender se va estrechando la libertad. La vorágine es igualmente un *vortex* que succiona al hombre. Sin embargo, el verdadero infierno no es el llano ardiendo al final de la segunda parte, es la humedad callada y espesa de la selva, que con lentitud desesperante atrapa, envuelve y asfixia a los hombres con la certeza brillante de una anaconda.

La selva es ciertamente una manifestación o reflejo de los demonios interiores de Arturo. Este, “se superpone a la selva sin fundirse”, sostiene con lograda fórmula Leonidas Morales³⁷. Cova es la manifestación de una distorsión. Y no es el único, pues Tzvetan Todorov halló también aquella “imagen deformada de sí

mismo”, cuando analizó los relatos de ciertos viajeros franceses³⁸. En el imaginario nacional, en especial para el de los letrados capitalinos con la cabeza en medio de las brumas, la Amazonia no es sino el lugar “donde el Nosotros corría el peligro de disolverse en la alteridad y volverse un extraño para todos y para sí mismo”, como nos lo recuerda Alvaro Andrés Villegas³⁹. La novelización de la selva como cárcel, como embrujo, formando parte integrante de un absurdo salvaje, es obviamente un elaboración de la raza blanca, extranjera a esa realidad, producto de quien quiere demostrar la superioridad de su cultura sobre las leyes de la selva, de su realidad pretendidamente racional sobre el espejismo verde. Se podría considerar una divinización de la selva en la novela de Rivera, tal y como Dante había divinizado a Beatriz colocándola como mediadora de su iluminación en el Paraíso. Adquiere así un poder sobre la vida y la muerte, en un todo inseparable: lo que cae y se pudre forma parte del líquido amniótico de donde surge nuevamente la vida.

En un estudio anterior sobre algunas novelas de la selva habíamos intentado mostrar que los protagonistas en general manifiestan una total incapacidad de adaptación al nuevo medio, lo que los hacía soñar con la creación de un universo novedoso. Constatábamos igualmente una estrecha imbricación entre lo espacial y lo temporal, y finalmente la evidencia de un recurrente pavor a la potencial pérdida de los atributos de la hombría en ese mundo de actos viriles⁴⁰. Arturo Cova no escapa evidentemente a ninguna de estas tres constataciones. Más se acerca al centro del torbellino, más se incrementa en él su pretendido deseo de liberación de los trabajadores caucheros. Aunque no nos convenza su decisión, es lo que lo empuja a continuar. A Dante lo mantiene avanzando el apoyo de su guía Virgilio, y en especial la esperanza de retornar cerca de Beatriz en el ámbito celestial. La errancia de Cova se desdibuja, es vacía, sin esperanza; es un camino que se desanda y se deshace sin dejar traza, una espera de la muerte. ¿Rivera nos presenta un protagonista que recorre el camino inverso al que pretende para los trabajadores del caucho? La liberación de los empelados indígenas conlleva una salida que le está vedada a la curiara, como si ésta fuera un ataúd que se desplaza poblado de moribundos.

Queda un manuscrito, esperando un rescate improbable. Similitud curiosa: también evaporado para la historia real está el geógrafo y fotógrafo francés Eugène Robuchon, desaparecido en 1906 en la selva amazónica sin dejar rastro: “¡El infeliz francés no salió jamás!”, nos recuerda la novela⁴¹. Este miembro de la Société de Géographie de París fue contratado por el gobierno peruano y la Casa Arana para

buscar, en territorio brasileño, árboles de caucho explotables. Pero debido a sus fotografías y testimonios, muy seguramente se le eliminó por orden directa de Julio Arana. Tal cual Cova, que escuchará esta historia de labios del cauchero Clemente Silva⁴², Robuchon dejó una nota en su último campamento; el mensaje, hallado posteriormente por el explorador Thomas Whiffen, borrado por el sol y lavado por la lluvia, enmudeció: es ilegible⁴³.

Yo solo quiero un lazarillo que me sepa guiar

Para internarse en un universo desconocido se requiere de un guía, de una especie de *drogman*, compañero bilingüe que, como en los viajes a Oriente del siglo XIX, garantizaba al viajero la posibilidad de comunicación con el otro y certificaba la exactitud del camino. El guía debe develar las claves y arcanos al discípulo, debe acompañarlo y testimoniar de la superación de las diversas pruebas; es alguien que domina los dos universos y asegura la comunicación entre el mundo ‘civilizado’ y el ‘salvaje’. Dante requiere de un conductor que lo tome de la mano, ya sea su maestro Virgilio, en un inicio, o su adorada Beatriz al faltar éste, para ir ascendiendo al paraíso a medida que comprende el complejo funcionamiento de los círculos.

Rivera le hacía suplicar al protagonista de su drama *Juan Gil* la ayuda de ese baquiano para reconocer el camino en la oscuridad de sí mismo: “Yo solo quiero un lazarillo que me sepa guiar interiormente”⁴⁴. Arturo Cova necesita igualmente de esos lazarillos, y en su descenso al infierno y el olvido hallará esos destrones en las personas de Fidel Franco y de Clemente Silva, por ejemplo: “Don Clemente –dije abrazándolo-, ¡en esto de rumbos es usted de la más alta sabiduría!”⁴⁵. Paradójicamente, Clemente será el único testigo de la pérdida irremediable de los viajeros. Tiene un papel no sólo de padre que busca a su hijo, el mito de una eterna persecución de la inocencia, sino de quien es el encargado del “rescate de la memoria individual y colectiva”, como sostiene Perus⁴⁶, puesto que será el depositario de los manuscritos con la historia de Cova y los suyos.

Sosteníamos que al haberse escapado de la capital, se puede pensar en una ruptura con los valores que reinan allí, y se acepta el lado oscuro del hombre como única forma de sobrevivir o de medirse en los llanos y en la selva. Parte de esta pérdida de valores corresponde igualmente a una actitud más abierta con respecto al sexo: relaciones en la capital, sin bendición de por medio, implican la necesidad de una fuga o la condena y el ostracismo del medio; en las regiones llaneras y selváticas

ello no conlleva mayores represalias, a lo sumo es considerado una manifestación más de la hombría. Fuera del contexto puramente literario, sería interesante establecer una relación entre la expedición que tenía como objetivo fijar los límites de la frontera colombo-venezolana y el hecho efectivo de colonizar la tierra, de apoderarse de ella por la mano civilizadora del hombre, buscando mantener incólume la soberanía nacional. Volviendo a la novela, podemos leerlo en la acción de tomar la hembra de la capital y llevársela fuera para fecundarla y a su vez fecundar el llano y la selva, como en aquellas culturas arcaicas donde se copulaba con la tierra para propiciar cultivos generosos: un coito del Hombre con la Mamapancha.

A pesar de la unión con mujeres de los llanos o de la selva (sea con Clarita o con la Madona Zoraida Ayram), el único fruto proviene de la mujer que pertenece a la civilización, amén de ser blanca y capitalina; hijo imperfecto que por su calidad de sietemesino no ha terminado su gestación, pero que se convierte en la garantía de un futuro. Para ello es indispensable, piensa Arturo, mantenerlo incontaminado: “Allá escucho toser la flotilla mendiga, que me clama ayuda, pretendiendo alojarse aquí. ¡Imposible! En otra circunstancia me sacrificaría por aliviar a mis coterráneos. ¡Hoy no! ¡Peligraría la salud de Alicia! ¡Pueden contagiar a mi hijo!”, sostiene con un incipiente sentimiento de paternidad⁴⁷. ¿No era factible una criatura que fuese el fruto de la relación civilización-barbarie? ¿Sólo era posible una “incompleta extensión del incompleto Cova”, como acota certera Montserrat Ordóñez⁴⁸? Alicia podría ser considerada tal una especie de alter-ego de Colombia. Si examinamos el intento de Cova por aliviar los sufrimientos de las víctimas del caucho como una especie de rito de pasaje que le permitirá luego recuperar a Alicia y a su hijo, si lo vemos como la manera gracias a la cual se diluye su interés personal ante el interés colectivo, podríamos considerar que su desaparición al final del relato corresponde a un identificarse, a un fundirse, a un devenir ideal colectivo. Mejor aún, a un volverse mito.

Cova falla en su intento redentor, pero concibe un hijo con Alicia. Nos preguntamos si sería muy arriesgada una lectura según la cual el único camino que le queda a la nación colombiana es una regeneración interna sin contaminarse con lo que en los primeros años del siglo XX se conoció como ‘taras de la raza’. No olvidemos que los aportes negro e indígena no solamente eran negados, sino considerados retardantes para la evolución y modernización del país; si había una mezcla, debería realizarse con elementos traídos de Europa que ‘ablancaran’ la raza

nacional. En nuestra propuesta, es posible que los civilizados interactúen con los bárbaros, pero sin mezcla de razas. ¿Es irredimible la barbarie? La capital, eso es evidente, actúa como un ente colonizador frente a una periferia concebida como colonizada, es decir, reproducimos sin vergüenza al interior del país nuestra posición jerárquica en el orden internacional de las naciones.

Dejemos de lado todas las posibles significaciones escondidas a medias en los nombres escogidos por Rivera para sus personajes⁴⁹, pero detengámonos un instante en el seductor y enganchador Narciso Barrera. Curiosamente y a pesar de ser el enemigo jurado del desestabilizado Cova, el personaje aparece en la novela evocado muy rápidamente, apenas una mención o una sombra en el paisaje. ¿Importa más el odio soñador y vengador de Arturo que los reales o supuestos delitos de Narciso? No obstante, este personaje sería el puente entre los dos mundos aparentemente antagónicos: el de la mula, con sus valores ancestrales, patriarcales y señoriales de respeto por el carácter emprendedor y por la palabra empeñada, y el del avión, con sus intereses comerciales transnacionales y deshumanizados llegando a Colombia, si se me permite aquí la utilización de este tan conocido símil del progreso. Para Cova, que sueña con permanecer y asentarse, el trabajo de ganadero en el Llano implicaría una pérdida de posición social, por lo que seguramente nunca lo asumiría. La oposición aparentemente antagónica de Cova y de Barrera no ha dejado de tener una actualidad sorprendente en nuestros días de enriquecimiento sin conciencia y sin respeto por la vida ajena.

***Yo sólo tengo el mérito de la oscura raíz*⁵⁰**

Se ha hablado de *La Vorágine* como constituida por un conjunto de voces múltiples que urden y consolidan la novela. Si Dante dejaba en la *Divina Comedia* que en cada círculo una voz diferente a la suya evocase la razón de su condena (pensemos en las más bellas voces como son las de Francesca de Rimini o la patética del conde Ugolino, que se incorporan al coro general completándolo), el colombiano deja más amplio espacio a esas voces, ya provengan de Helí Mesa, de Clemente Silva, de Balbino Jácome, de Juanchito Vega o de Ramiro Estévez⁵¹. Ya en su poemario había confesado: “siento que otros seres lloran dentro de mí”⁵². Pero estos otros discursos, estas voces diversas permiten ampliar e iluminar el panorama espacio-temporal controlado por la afiebrada mente de Cova, que igual evocaba las “multísonas voces”. Voces múltiples para tiempos múltiples.

Es posible que se requieran varias miradas para enfrentar el horror, muchas voces para poder repetir lo que se vio sin sentir el atoro en la garganta. ¿No era esa la función del coro en las tragedias griegas? Tal vez se precisen entonces generaciones de novelistas para dejar variado testimonio de la inicua realidad nacional, gracias al cual en el futuro los colombianos podamos reconocer en esas huellas digitales impresas el rostro oculto y deforme de los ancestros. Con lúcidas palabras, Michael Taussig sugiere que Joseph Conrad (1857-1924) habría sobrepasado el realismo de los informes de Casement, en “beneficio de una técnica que traspasaba el velo pero mantenía su calidad alucinatoria”⁵³. Podemos extrapolar esta frase y aplicársela sin temor a José Eustasio Rivera. No otra es la naturaleza de la literatura, imposibilitada para dejar de lado su papel evocador, plurisémico y a salvo del tiempo.

La Vorágine, más que una novela de aprendizaje, es una novela de olvido; la cultura debe borrarse ante la barbarie para aceptar las nuevas reglas como sola manera de sobrevivir, tal único código posible, dejando atrás el del Talión que parece haber perdido su severidad. Recordemos que en *Doña Bárbara* (1929), el venezolano Rómulo Gallegos (1884-1969) nos presentaba un abogado como protagonista. Este debía olvidar las inaplicables leyes de la lejana metrópoli y asumir por su propia mano la ley del Llano, el mismo Llano de Cova, para poder triunfar sobre el mal: allí se restablece lo que es justo, aunque no sea legal.

A pesar de que la novela de Rivera implicaba de por sí una ruptura con los cánones literarios tradicionales que imperaban en su momento, ha ido empolvándose, cayendo en el olvido de las estanterías, en el desconocimiento total de los bachilleres actuales, tan ávidos de tecnologías y de *Mangas* virtuales, tan voraces con los sucesos de estrellas pronto llegadas y más rápido fugaces y olvidadas. Sin embargo, la obra no ha perdido para nada su actualidad como fresco de una Violencia inmarcesible. El afortunado José Eustasio no conoció el horror de la ciega agresividad que en nuestros días azota al país, esta sí histórica desde hace casi medio siglo, y que compite en innovación, sadismo y horror con las evocadas en la novela.

Perdidos en su infierno a bordo de la minúscula curiara, Arturo y su grupo continúan perseguidos simbólicamente por un implacable destino hacia la eternidad. Con el tiempo, Cova ha dejado de ser un simple protagonista para volverse un hito: el del hombre enfrentando la selva, y por ello es imposible desligarlo de similares periplos a lo largo de toda América latina. No en vano el cubano Alejo Carpentier

(1904-1980) le hace un homenaje abierto y reconocido en la novela *Los pasos perdidos* (1953).

Al despedirse del piloto Benjamín Méndez, que lleno de coraje iniciaba el vuelo inaugural de Nueva York a Bogotá, el poeta de Neiva le decía: “Usted simboliza para mí aquel hondo anhelo de hazaña que late en el pecho de cada hombre, la aspiración a lo extraordinario, el ansia de señalar con una proeza memorable la trayectoria de nuestra vida efímera”. Y luego de situarlo al lado del cóndor y del águila, añadía: “el ideal colectivo no perece nunca, y quien una vez lo simbolizó –no importa el éxito- habrá de revivir en él”⁵⁴. José Eustasio Rivera no solamente forma parte fundamental e indudable del magma de nuestro imaginario colectivo, sino que selva y Cova están ahora unidos como en una yunta de bueyes poderosos, indisociables, en una simbiosis bizarra donde espumoso burbujea el mito.

Ernesto Mächler Tobar

Université de Picardie Jules Verne

ernesto.machler@u-picardie.fr

Bibliografía

- ALIGHIERI, Dante, *Divina Comedia*, edición de Ángel Chiclana, Bogotá: Biblioteca El Tiempo, 2001, 382 p.
- ANONIMO, *El libro rojo del Putumayo. Precedido de una introducción sobre el verdadero escándalo de las atrocidades del Putumayo*, prólogo de Roberto Pineda Camacho, Bogotá: Editorial Planeta, 1995; 187 p.
- BARTHES, Nathalie & VASSALLO, Aude: “Tomas Whiffen, à la recherche d’Eugène Robuchon”, in Antoine Lefébure (Directeur), *Explorateurs photographes. Territoires inconnus, 1850-1930*, Paris: La Découverte, 2003, pp. 166-175.
- BEDOYA M, Luis Iván, *Escritos sobre literatura colombiana*, Medellín: Ediciones Pepe, 1980.
- CADENA MADARRIAGA, Edgar: “El predio ‘Putumayo’ a manos indígenas. Colombia: ¿líder de la cuenca amazónica?”, in *El Tiempo*, Bogotá, domingo 15 de mayo de 1988, p. 6A.
- CASEMENT, Roger, *Diaries. 1910: The Black and The White*, edited by Roger Sawyer, London: Pimlico, 1997; 274 p.
- CASEMENT, Roger, *The Amazon Journal*, edited by Agnus Mitchell, London: Anaconda Editions, 1997; 534 p.
- COOPER, David, *El lenguaje de la locura*, traducido del inglés por Alicia Ramón García, Barcelona: Editorial Ariel, 1979; 201 p.
- DAVIS, Wade, *El río. Exploraciones y descubrimientos en la selva Amazónica*, traducido del inglés por Nicolás Suescún, Bogotá: Banco de la República / El Áncora Editores, 2001; 639 p.
- DOMINGUEZ, Camilo & GOMEZ, Augusto, *La economía extractiva en la Amazonia colombiana, 1850-1930*, Bogotá: Tropenbos / Corporación Colombiana para la Amazonia Araracuara, 1990; 279 p.
- GOMEZ, Augusto & LESMES, Ana Cristina & ROCHA, Claudia, *Caucherías y conflicto colombo-peruano. Testimonios 1904-1934*, Bogotá: Coama / Disloque Editores, 1995; 318 p.
- HERRERA, Luis Carlos, S. J.: “José Eustasio Rivera, poeta y novelista”, in *Gran Enciclopedia de*

- Colombia, Tomo 4, *Literatura*, Bogotá: Biblioteca El Tiempo / Círculo de Lectores, 2007, pp. 265-278.
- José Eustasio Rivera, 1888-1988, Bogotá: Colcultura / Biblioteca Nacional / Banco de la República / Biblioteca Luis-Angel Arango, 1988; 126 p.
- MÄCHLER TOBAR, Ernesto: “De la civilización a la barbarie: viaje a los orígenes en algunas novelas colombianas”, in Jean-Louis Guereña et Mónica Zapata (Direction), *Culture et éducation dans les mondes hispaniques. Essais en hommage à Ève-Marie Fell*, Tours: Presses Universitaires François Rabelais, 2005, pp. 17-28.
- MÄCHLER TOBAR, Ernesto: “El hombre enfrenta la selva. De *La Vorágine* a *Los pasos perdidos* por *La Voie royale*”, in Carmen Vásquez (Coordination), *Alejo Carpentier et Los Pasos Perdidos*, Paris : Indigo Éditions / Université de Picardie Jules Verne, 2002, pp. 199-212.
- MARINO TRONCOSO, Luis, *Proceso creativo y visión del mundo en Manuel Mejía Vallejo. Un acercamiento al proceso cultural antioqueño*, Bogotá: Procultura / Presidencia de la República, 1986; 325 p.
- MILLAN DE BENAVIDES, Carmen: “Baquianas Colombianas. Una visita a la biblioteca de José Eustasio Rivera”, en *Número*, No. 51, enero-febrero 2007, Bogotá, pp. 42-49.
- MONTAIGNE, Michel de, *Œuvres complètes*, texte établi par Albert Thibaudet et Maurice Rat, Paris: Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1962; 1791 p.
- NEALE-SILVA, Eduardo, *Horizonte Humano: Vida de José Eustasio Rivera*, México: Fondo de Cultura Económica, segunda edición, 1986; 506 p.
- ORDOÑEZ VILLA, Montserrat (Compiladora), *La Vorágine: textos críticos*, Bogotá: Alianza Editorial Colombiana, 1987; 531 p.
- ORDOÑEZ VILLA, Montserrat: “La semilla en el viento y el tizón encendido”, in *Magazín Dominical de El Espectador*, No. 255, febrero 14 de 1988, Bogotá, pp. 6-8.
- PACHON FARIAS, Hilda Soledad, *Los intelectuales colombianos en los años veinte: el caso de José Eustasio Rivera*, Bogotá: Colcultura, 1993; 157 p.
- PEÑA, Isaías, *José Eustasio Rivera*, Bogotá: Procultura, 1989; 168 p.
- PERUS, Françoise, *De selvas y selváticos. Ficción autobiográfica y poesía narrativa en Jorge Isaacs y José Eustasio Rivera*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Universidad de los Andes / Plaza & Janés Editores, 1998; 258 p.
- PICON SALAS, Mariano, *Comprensión de Venezuela*, prólogo de Hernando Téllez, Madrid: Aguilar, 1955; 607 p.
- PINEDA CAMACHO, Roberto, *Holocausto en el Amazonas. Una historia social de la Casa Arana*, Bogotá: Espasa, 2000; 255 p.
- RAMIREZ ARBELAEZ, Mario: “Horror en la selva”, en *Revista Diners*, Año XXIV, N° 221, Bogotá, agosto de 1988, pp. 94-97.
- REY DE CASTRO, Carlos, *Los escándalos del Putumayo. Carta abierta a Mr. Geo B. Michell, cónsul de S. M. B.*, Barcelona: Imprenta Viuda de Luis Tasso, 1913; 202 p.
- REYES, Rafael, *Memorias, 1850-1885*, Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1986; 303 p.
- RIVERA, José Eustasio, *La Vorágine*, edición crítica de Montserrat Ordóñez, Madrid: Ediciones Cátedra, quinta edición, 2003; 390 p.
- SERRANO BONITTO, Camilo: “L’intersubjectivité dans le Trouble de Personnalité Limite”, in *Le Cercle Herméneutique*, dossier *La psychopathologie phénoménologique*, N° 7, second semestre 2006, Argenteuil, pp. 116-123.
- SERRANO BONITTO, Camilo, entrevista realizada en Bogotá el 18 de agosto de 2007.
- STEINER SAMPEDRO, Claudia, PARAMO BONILLA, Carlos y PINEDA CAMACHO, Roberto (Compiladores), *El paraíso del diablo. Roger Casement y el informe del Putumayo, un siglo después*, Bogotá: Universidad de los Andes y Universidad Nacional de Colombia, 2014; 462 p.
- TAUSSIG, Michel, *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*, traducido del inglés por Hernando Valencia Goelkel, Bogotá: Editorial Norma, 2002; 628 p.
- TODOROV, Tzvetan, *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, Paris: Éditions du Seuil, Collection Points, 1992; 538 p.
- URIBE URIBE, Rafael, *Por la América del Sur*, Tomo II, Bogotá: Editorial Kelly, 1955; 748 p.
- VARGAS LLOSA, Mario, *El sueño del celta*, Madrid: Alfaguara, 2010; 454 p.
- VILLEGAS, Alvaro Andrés: “Los desiertos verdes de Colombia. Nación, salvajismo, civilización y territorios-Otros en novelas, relatos e informes sobre la cauchería en la frontera colombo-peruana”, in *Boletín de Antropología*, Volumen 20, N° 37, 2006, Universidad de Antioquia, Medellín, pp. 11-26.

WILLIAMS, Raymond L., *Novela y poder en Colombia: 1844-1987*, traducido del inglés por Álvaro Pineda Botero, Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991; 273 p.
ZUMAETA, Pablo, *Las cuestiones del Putumayo. Segundo memorial*, Barcelona: Imprenta Viuda de Luis Tasso, 1913; 94 p.

Notas

¹ José Eustasio Rivera, citado por Carmen Millán de Benavides: “Baquianas Colombianas. Una visita a la biblioteca de José Eustasio Rivera”, in *Número*, No. 51, Bogotá, enero-febrero 2007, p. 46.

² Dante Alighieri, *Divina Comedia*, edición de Ángel Chiclana, Bogotá: Biblioteca El Tiempo, 2001, p. 15.

³ Cf. Ernesto Mächler Tobar: “De la civilización a la barbarie: viaje a los orígenes en algunas novelas colombianas”, in Jean-Louis Guereña et Mónica Zapata (Direction), *Culture et éducation dans les mondes hispaniques. Essais en hommage à Ève-Marie Fell*, Tours: Presses Universitaires François Rabelais, 2005, pp. 17-28.

⁴ Michel de Montaigne, *Œuvres complètes*, texte établi par Albert Thibaudet et Maurice Rat, Paris: Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1962, p. 203. “Cada quien denomina barbarie aquello que no está en sus costumbres”.

⁵ Mariano Picón Salas: “Aproximación al Orinoco”, in *Comprensión de Venezuela*, prólogo de Hernando Téllez, Madrid: Aguilar, 1955, p. 384.

⁶ Citado por Luis Marino Troncoso, *Proceso creativo y visión del mundo en Manuel Mejía Vallejo*, Bogotá: Procultura / Presidencia de la República, 1986, p. 183.

⁷ Françoise Perus, *De selvas y selváticos. Ficción autobiográfica y poesía narrativa en Jorge Isaacs y José Eustasio Rivera*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Universidad de los Andes / Plaza & Janés Editores, 1998, p. 122.

⁸ Ver, por ejemplo, Wade Davis, *El río. Exploraciones y descubrimientos en la selva Amazónica*, traducido del inglés por Nicolás Suescún, Bogotá: Banco de la República / El Áncora Editores, 2001, pp. 270-291 y 353-445; Roberto Pineda Camacho, *Holocausto en el Amazonas. Una historia social de la Casa Arana*, Bogotá: Espasa, 2000; y Camilo Domínguez & Augusto Gómez, *La economía extractiva en la Amazonia colombiana, 1850-1930*, Bogotá: Tropenbos / Corporación Colombiana para la Amazonia Araracuara, 1990.

⁹ Cf. por ejemplo, Augusto Gómez & Ana Cristina Lesmes & Claudia Rocha, *Caucherías y conflicto colombo-peruano. Testimonios 1904-1934*, Bogotá: Coama / Disloque Editores, 1995.

¹⁰ Rafael Reyes, *Memorias, 1850-1885*, Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1986, pp. 179-243.

¹¹ Rafael Uribe Uribe, *Por la América del Sur*, Tomo II, Bogotá: Editorial Kelly, 1955, p. 542.

¹² *Ibid*, p. 552.

¹³ “Ni en el Congo ni en la Amazonía ha quedado rastro de quien tanto hizo por denunciar los grandes crímenes que se cometieron en esas tierras en los tiempos del caucho”. Mario Vargas Llosa, *El sueño del celta*, Madrid: Alfaguara, 2010, p. 450.

¹⁴ Cf. Roger Casement, *The Amazon Journal*, edited by Agnus Mitchell, London: Anaconda Editions, 1997, y Roger Casement, *Diaries. 1910: The Black & The White*, edited by Roger Sawyer, London: Pimlico, 1997. Aclaremos, sin embargo, que la autenticidad integral de *The Black Diary* es ampliamente discutida: los servicios secretos británicos habrían exagerado las tendencias homosexuales de Casement con el fin de desprestigiarlo antes de condenarlo a la horca por traición. Para un interesante análisis de los diarios y motivaciones de Casement, ver Michael Taussig, *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*, traducido del inglés por Hernando Valencia Goelkel, Bogotá: Editorial Norma, 2002, pp. 25-177. El compendio actual más completo sobre Casement es el de Claudia Steiner Sampedro, Carlos Páramo Bonilla y Roberto Pineda Camacho (Compiladores), *El paraíso del diablo. Roger Casement y el informe del Putumayo, un siglo después*, Bogotá: Universidad de los Andes y Universidad Nacional de Colombia, 2014.

¹⁵ Anónimo, *El libro rojo del Putumayo. Precedido de una introducción sobre el verdadero escándalo de las atrocidades del Putumayo*, prólogo de Roberto Pineda Camacho, Bogotá: Editorial Planeta, 1995. No es muy claro si el autor es colombiano; algunas frases del libro dan a entender que éste está escrito en Europa, y que su “autor posee algún conocimiento personal de Colombia”. *Ibid*, p. 71.

¹⁶ Cf. Pablo Zumaeta, *Las cuestiones del Putumayo. Segundo memorial*, Barcelona: Imprenta Viuda de Luis Tasso, 1913; Carlos Rey de Castro, *Los escándalos del Putumayo. Carta abierta a Mr. Geo B.*

Michell, *cónsul de S. M. B.*, Barcelona: Imprenta Viuda de Luis Tasso, 1913; este último incluye varias fotografías y documentos interesantes.

¹⁷ Ver Eduardo Neale Silva, *Horizonte humano. Vida de José Eustasio Rivera*, México: Fondo de Cultura Económica, segunda edición, 1986, p. 283; Isaías Peña, *José Eustasio Rivera*, Bogotá: Procultura, 1989, p. 5.

¹⁸ Cf. Hilda Soledad Pachón Farías, *Los intelectuales colombianos en los años veinte: el caso de José Eustasio Rivera*, Bogotá: Colcultura, 1993, p. 82.

¹⁹ Algunos de estos artículos se pueden hallar en *José Eustasio Rivera, 1888-1988*, Bogotá: Colcultura / Biblioteca Nacional / Banco de la República / Biblioteca Luis-Angel Arango, 1988, pp. 15-20.

²⁰ Esta aproximación de la ficción a la realidad de las caucherías se puede hallar igualmente en las obras de César Uribe Piedrahíta, *Toá, narraciones de caucherías* (1933), Alberto Montezuma Hurtado, *El paraíso del diablo* (1966) y Pedro Gómez Valderrama, *Los infiernos del Jerarca Brown* (1984), así como en Germán Castro Caycedo, *Perdido en el Amazonas* (1978) y *Mi alma se la dejo al diablo* (1982), entre otras.

²¹ Carmen Millán: “Baquianas Colombianas. Una visita a la biblioteca de José Eustasio Rivera”, *op. cit.*, p. 46.

²² Edgar Cadena Madarriaga: “El predio ‘Putumayo’ a manos indígenas. Colombia: ¿líder de la cuenca amazónica?”, in *El Tiempo*, Bogotá, domingo 15 de mayo de 1988, p. 6A. Para completar la historia de las demandas posteriores hechas ante el Gobierno colombiano, ver Mario Ramírez Arbeláez: “Horror en la selva”, en Revista *Diners*, Año XXIV, N° 221, Bogotá, agosto de 1988, p. 97.

²³ Cf. Luis Carlos Herrera, S. J.: “José Eustasio Rivera, poeta y novelista”, in *Gran Enciclopedia de Colombia*, Tomo 4, *Literatura*, Bogotá: Biblioteca El Tiempo / Círculo de Lectores, 2007, pp. 265-278.

²⁴ Cf, por ejemplo, Perus, *De selvas y selváticos. Ficción autobiográfica y poesía narrativa en Jorge Isaacs y José Eustasio Rivera*, *op. cit.*, pp. 189-195.

²⁵ Camilo Serrano Bónitto, entrevista realizada el 18 de agosto de 2007 en Bogotá. Se le agradecen muy especialmente sus lúcidos comentarios.

²⁶ Poema “Gloria”. Cf. Peña, *José Eustasio Rivera*, *op. cit.*, p. 58.

²⁷ Camilo Serrano Bónitto: “L’intersubjectivité dans le Trouble de Personnalité Limite”, en *Le Cercle Herméneutique*, dossier *La psychopathologie phénoménologique*, N° 7, second semestre 2006, Argenteuil, p. 119 y 121; la traducción es mía.

²⁸ José Eustasio Rivera, *La Vorágine*, edición crítica de Montserrat Ordóñez, Madrid: Ediciones Cátedra, quinta edición, 2003, p. 131. Todas las citas serán de esta edición.

²⁹ *Ibid*, p. 79

³⁰ David Cooper, *El lenguaje de la locura*, traducido del inglés por Alicia Ramón García, Barcelona: Editorial Ariel, 1979, p. 123.

³¹ Rivera, *La Vorágine*, *op. cit.*, p. 380.

³² *Ibid*, p. 177. Y en la pelea con el general Gámez y Roca: “lanzando al hombre contra el tabique, lo acometé a golpes de tacón en el rostro y en la cabeza”. *Ibid*, p. 88.

³³ *Ibid*, p. 187.

³⁴ *Ibid*, p. 337.

³⁵ Cf. Raymond L. Williams, *Novela y poder en Colombia: 1844-1987*, traducido del inglés por Álvaro Pineda Botero, Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991, p. 93 y siguientes. Bedoya es uno de los más críticos: “Resultado de todo ello es la configuración fallida –débil y escasa– de la sicología de los personajes y sus dramas bastante prefabricados más como un pretexto para mantener la apariencia novelesca. Los personajes son flojos, no adquieren autonomía en el relato y son como marionetas mal ensambladas, artificiosa y difícilmente manejadas por el autor”. Luis Iván Bedoya M, *Escritos sobre literatura colombiana*, Medellín: Ediciones Pepe, 1980, p. 56.

³⁶ Dante, *Divina Comedia*, *op. cit.*, p. 15.

³⁷ Leonidas Morales: “*La Vorágine*: un viaje al país de los muertos”, in Montserrat Ordóñez Vila (Compiladora), *La Vorágine: textos críticos*, Bogotá: Alianza Editorial Colombiana, 1987, p. 150.

³⁸ Tzvetan Todorov, *Nous et les autres: La réflexion française sur la diversité humaine*, Paris: Éditions du Seuil, Collection Points, 1992, p. 32; la traducción es mía.

³⁹ Alvaro Andrés Villegas: “Los desiertos verdes de Colombia. Nación, salvajismo, civilización y territorios-Otros en novelas, relatos e informes sobre la cauchería en la frontera colombo-peruana”, in *Boletín de Antropología*, Volumen 20, N° 37, 2006, Universidad de Antioquia, Medellín, p. 15.

⁴⁰ Cf. Ernesto Mächler Tobar: “El hombre enfrenta la selva. De *La Vorágine* a *Los pasos perdidos* por *La Voie royale*”, in Carmen Vásquez (Coordination), *Alejo Carpentier et Los Pasos Perdidos*, Paris : Indigo Éditions / Université de Picardie Jules Verne, 2002, pp. 199-212.

⁴¹ Rivera, *La Vorágine*, *op. cit.*, p. 268.

⁴² *Ibid*, pp. 265-268.

⁴³ Cf. Nathalie Barthes & Aude Vassallo: “Tomas Whiffen, à la recherche d’Eugène Robuchon”, in Antoine Lefébure (Directeur), *Explorateurs photographes. Territoires inconnus, 1850-1930*, Paris: La Découverte, 2003, pp. 166-175. Por cierto, el libro de Robuchon, *Entre los caníbales* (1907), es de autoría bastante dudosa.

⁴⁴ Citado por Peña, *José Eustasio Rivera*, *op. cit.*, p. 21.

⁴⁵ Rivera, *La Vorágine*, *op. cit.*, p. 300.

⁴⁶ Perus, *De selvas y selváticos. Ficción autobiográfica y poesía narrativa en Jorge Isaacs y José Eustasio Rivera*, *op. cit.*, pp. 181-182.

⁴⁷ Rivera, *La Vorágine*, *op. cit.*, p. 383.

⁴⁸ Montserrat Ordóñez: “La semilla en el viento y el tizón encendido”, in *Magazín Dominical de El Espectador*, No. 255, febrero 14 de 1988, Bogotá, p. 7.

⁴⁹ Un buen resumen se halla en Luis Carlos Herrera: “José Eustasio Rivera”, *op. cit.*, p. 272.

⁵⁰ Discurso pronunciado en el homenaje que en su honor realizó la Universidad de Columbia en Nueva York. Cf. *José Eustasio Rivera, 1888-1988*, *op. cit.*, p. 21.

⁵¹ Curiosamente este personaje podría ser un homenaje de Rivera a Ramírez Arbeláez, Secretario de la Legación colombiana en el Brasil, encargado de presentar la protesta formal y la queja por las actividades de la Casa Arana ante el gobierno peruano... Muere en 1907, antes de hacerlo.

⁵² Citado por Peña, *José Eustasio Rivera*, *op. cit.*, p. 53.

⁵³ Taussig, *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje*, *op. cit.*, p. 81.

⁵⁴ Citado por Peña, *José Eustasio Rivera*, *op. cit.*, p. 125.